



LA SAETA

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

LOS HOMBRES DEL DÍA

HERNANDEZ
MADRID



DON SEGISMUNDO MORET

CHARLA

¡Caballeros, mano á los pañuelos, que vamos á hablar de los fusionistas!

Estos tales han votado ya lo de la Trasatlántica, y no hay que decir que han triunfado. Es lo que suele ocurrirles siempre á los que no tienen vergüenza.

Sí, porque hay que decirlo muy alto, son muchos negocios para sufridos, y en tanto que el país, cada vez más esquilado y pobre hace grandes sacrificios, los que dicen gobernarle, le trastornan y explotan.

Por supuesto, que en estas cuestiones, casi todos los monárquicos son iguales. Ellos se tiran los trastos á la cabeza cuando se trata de pillar la breva del poder, pero en cuanto se habla de un negocijo, votan juntos conservadores y fusionistas; reformistas y demócratas aguados.

¡Eh, pero quién hace caso de esta gencilla! Tiene razón D. Manuel. Esta atmósfera tiene algo nocivo en suspensión. Aquí todo se malea y daña. Desaparece el vigor y la energía, y por lo tanto, imperan tan sólo el descaro y la procacidad, esa procacidad que suele tomar forma de personaje, para mejor absorber los jugos vitales á nuestra desventurada y empobrecida patria.

* *

Por supuesto, que no faltó su *mijita* de salvación. Ahora se han encontrado proclamas, y ¡miren ustedes lo que son las cosas! Tienen ortografía incorrecta y galicismos á montones, cosa que, como dice *La Corres...* eso indica que están hechas por París, y quién sabe si son de la propia letra y del propio puño de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Que diantre, hay que reconocer que estos fusionistas no son tan lilas como parece. ¡Qué han de ser! Se amañan sus revoluciones frustradas con proclamas, y todos, y luego nadie lo conoce. ¡Ah picarillos!

* *

Y eso que ahora andan dándose de puñadas por los puestos de concejales. Pero, señores, ¿qué tendrá eso de ser concejal, que tanto se codicia? Porque yo no entiendo, que tratándose de puestos honorarios, sin resonancia política, sin otra cosa que compromisos mil, haya tales escaramuzas por pescarlos. Algo tendrá el agua cuando la bendicen, como exclama un tendero que yo conozco, fusionista él, que se va por las noches al círculo del partido, y...

* *

Así como jugando vamos á hablar de círculos políticos. Es el caso que el *idem* no está en lucir buenos salones, sino en

lucirlos con honra, porque aseguran muchas lenguas que en varios casinos políticos monárquicos se tira mucho de la oreja á Jorge.

Y digo monárquicos, porque en los republicanos, sobre que tienen sus puertas abiertas y sus cuentas claras, ni Dios puede moverse.

Reconozcamos que hay casino que parece un retén de policía.

El veterano Trompeta, de seguro que los huele, y dirá para sus adentros:

«¡Andad, sabuesos, que bien gastáis el tiempo expiándonos!»

Y tiene mucha razón el inclito tesoro de la antigua Tertulia Progresista.

* *

Becerra sigue viajando, y á propósito de Becerra, he de decirles que me han asegurado que *Manolu* tiene unas botas de raso verde.

Pero yo no lo creo, porque si tales botas se hubiera hecho, ya no las tendría. ¡Se las habría comido!

FORTUYN.

LOS HOMBRES DEL DIA

SEGISMUNDO MORET

Orador singular que nunca tiene, pocas palabras ni obras abundantes, jefe de una cuadrilla de bergantes, que van tan sólo á donde les conviene.

Nada ante su codicia le contiene, y el que fué petrolero poco antes, es hoy de los monárquicos amantes, y ante el trono se humilla y anda y viene.

Su historia nunca se hallará completa, pues no hay quien sus relatos le resista, y como casi nadie le respeta, merece execración aun siendo artista.

Porque es don Segismundo la veleta, que tiene el campanario fusionista.

V. R.

LA TRASATLÁNTICA

España y sus provincias de Ultramar pueden estar contentas y satisfechas, porque este paternal Gobierno vela por sus intereses. ¡Ya lo creo!

Nuestro aplauso á los conservadores, porque han luchado en este negocio como si fuera cosa propia; nuestra enhorabuena á los accionistas de la Compañía Trasatlántica, porque ya pueden estar tranquilos de que sus acciones caminarán viento en popa con más rapidez que sus vapores. ¡Lástima no conocer los nombres de esos afortunados accionistas para publicar sus nombres! Puede que así comprendiéramos algunas cosas que á primera vista no se explican.

Hoy debe ser todo alegría y satisfacción.

Ha habido algunas notas discordantes, pero de hombres que entienden poco en estos nego-

cios; así, por ejemplo, debemos tener lástima al Sr. Azoárate cuando le decía á la mayoría del Congreso:

«Si votáis el proyecto de la Trasatlántica, vuestro honor quedará incólume, pero vuestra honra y vuestro crédito quedarán quebrantados.»

¡Tonterías! ¿Qué le importa eso á la mayoría? El Sr. Azoárate es un soñador, únicamente comprendiéndolo así, es como puede perdonársele que diga esas cosas á aquellos ilustres patricios que constantemente están sacrificándose por el bien del país.

Vamos adelantando de una manera portentosa.

Entre nuestras venerables y venerandas instituciones, teníamos la de las Compañías ferrocarrileras; á partir de hoy, tendremos una más: la Compañía Trasatlántica.

¡Cualquiera puede venirse hoy diciendo que la tal Compañía tiene algunos vapores buenos, pero muy malos; que los compra viejos, y hace con ellos lo que los gitanos con los caballos, que los cambian de nombre, los pintan y los acicalan, y luego dicen que los han criado desde chiquititos!

La nación pagará algunos millones más por estar peor servida, pero no romperemos con la tradición, y seguiremos siendo el país de los despilfarros.

SAETAZOS

Las economías de este país son tan especiales como sus gobiernos; quiero decir, tan sin sentido común. ¡Véase la clase!

A los escribientes militares van á descontar de su sueldo escaso el 10 por 100, *suprimiendo*, en cambio, el descuento que venían sufriendo los Brigadieres.

¡Oh! ¡Ah! ¡Puff!

Finalizando un artículo, dice *El Liberal*: «El país necesita una nueva justicia.» Claro, ¡la catalana!

Existe un árbol—y así lo he leído en un periódico—que cura la rabia. De esto deduzco, lector, que pronto, realistas, grandes y chicos, —sean ó no sean ortodoxos— fusionistas de á peseta y zurdos de á real el tomo, posibilistas etéreos, becerriles carcatólicos, reformistas... de chalecos, otras y unos, unas y otros, desde Sagasta (don Práxedes), á *La Regencia* (periódico), tendrán, quieran ó no quieran, lectores, que roer el tronco de ese antirábico árbol, porque... ¡ay! se pondrán rabiosos, el día en que sientan... ¡aquéllo!

—¿Qué es aquéllo? —¡El trueno gordo!

El Estandarte, que como quien dice es pendón del monstruo, asegura que en los círculos políticos se han establecidos juegos de azar, monte, puro, inclusive.

Nada extraño hallo en este caso, porque mire Vd., desde el 74 nos están tirando pego, y los puntos como si tal cosa; tal vez considerar lo hacen jugando.

Al turno pacífico.

Rinas, contusos, heridos, bofetadas á montón,

estacazos y graznidos; sangre, destrozos, gemidos, atropellos *sansfaçon*.

Insultos en las mujeres, y en los hombres hubo cólicos de navajas, misereres.

—¿Eran cafres?

—¡Que si quieres!

¡Eran romeros católicos!

A fin de mes se efectuará una gran revista militar.

¿Ustedes recuerdan la que se efectuó en Septiembre de 1868, días antes de que se gritara por el pueblo y los revistados: ¡ABAJO LOS BORBONES! ¡VIVA ESPAÑA CON HONRA! ¡VIVA LA SOBERANÍA NACIONAL! Si, ¿eh? ¡Yo también!

Un voluntario cubano, á quien se adeudaban por la monarquía, que utilizó su sangre y no la pagó unos miles de reales, ha fallecido de hambre y miseria en Vinaroz.

Su viuda é hijos tendrán á lo menos el consuelo de saber que, para cuando cumpla el año-rey diez y seis años, llevará cobradas del país CIEN-TO DO-CE-MI-LLO-NES-DE-PE-ETAS.

Por supuesto, sin batirse por la integridad de la patria.

Siete robos, lectores...

¡En solo un día!

Digamos con el ángel:

¡Abre María!

—Pero diga usted: esos agentes fieles.

¿Vigilan?

—Sí, vigilan...

—¿Qué?

—Los cuarteles.

Becerra se fué á Sevilla, visitó á doña Isabel...

¿Cómo cambian los tiempos don Manuel!

Pulsad vuestra lira, poetas, y cantad con desenfado; una noticia he logrado que vale muchas pesetas.

Cuantos osáis escribir, oid lo que voy á decir.

¡Escuchad!!

¡MANSI PIENSA... DIMITIR!

¡Jesús, que felicidad!

Efecto de aquello que en los pasados SAETAZOS manifesté á Vds., ingresó nuestro capataz en el Abanico.

Es natural. Todo lo que huele á periodismo, desde el escritor al repartidor, desde Guttemberg hasta el aprendiz de la más mezquina imprenta, ¡á la cárcel!

Se roba, se atropella á cualquier trausente honrado, se asesina en pleno día y los autores no son habidos.

¡Dios de Dios! ¿Cuándo?...

Dice *Las Ocurrencias*:

«Los lobos hambrientos llegan hasta los mismos edificios del Estado.»

Y desde ellos se comen el cordero del país.

Al que le llegará su vez, y se comerá el cordero... pasual.

Cuando se efectúe lo de ¡*Resurexit!*

Entre dos mujeres, un joven y un presbítero, se armó una bronca de *órdago* en la capilla de la Orden Tercera.

En todas partes, ¡ellos! debiendo estar en partes, así como suena.

En Segovia hay un convento, y dice *El Adelantado*, que de él se las han guillado, cuatro monjas — y no miento. — ¿Trastornadas sus cabezas de su convento han salido, ó es que á sabiendas han ido tras de cuatro buenas piezas?

El Correo publica un telegrama de Girona anunciando que en la estación de Port Bou han robado al encargado de ingresar en tesorería los fondos de aquella aduana 270.000 pesetas.

Algún conservador suelto.

En Alcolea de Cinca fué robada otra iglesia.

Siento que los *carcas* vayan haciéndose con dinero.

Porque el sistema es ese.

En dos campanarios buscaron asilo dos rayos.

¡Oh, la providencial!

Se cree que los carlistas de Girona están dispuestos á armar algún cisco para el próximo domingo, proyectando una manifestación que será la segunda parte de la romería celebrada en Figueras.

Señor ministro de Gobernación, haga usted respetar los derechos de esos entusiastas católicos, y de paso apriétele Vd. las clavijas al fiscal de imprenta, que más vale encarcelar á un periodista que evitar una corrida de novillos.

Han descubierto más proclamas—lo dicen algunos diarios.

¡El político *timo* aun sigue abiertol!

Hasta el viernes, lectores, que si no he muerto, os daré unos SAETAZOS EXTRAORDINARIOS.

PEDRO PINGLALI DE ZABALA.

ELECCIONES

Todos los partidos se preparan para tomar parte en las próximas elecciones de Ayuntamiento. Es natural que así sea, y nadie debe mirar con indiferencia un asunto que es de capital interés para los pueblos.

A pesar de los infinitos desengaños sufridos, todavía queda en nuestro país un fondo de buena fe, y se acude á esas luchas con verdadero entusiasmo.

Sin embargo, los resultados de las futuras elecciones no asombrarán á nadie.

Una ley irritante que excluye de la lucha legal á los elementos populares; listas amañadas por los compadres—léase fusionistas y conservadores—que hacen imposible el triunfo de ningún candidato que no sea de ellos, y si fuera necesario recurrir á medios extremos, no hay ya nadie que ignore los infinitos que se ponen en práctica. Empiezan por negar el voto á la persona más conocida de la población, y concluyen por meter en la cárcel al reclamante.

Todo esto es muy antiguo, y se repite en todas las elecciones.

También se repiten las circulares del Gobierno y de los gobernadores, ofreciendo la li-

bertad más amplia. el respeto más profundo pero si se tienen noticias de que pueden perderse las elecciones en algún pueblo, porque se hayan cansado de seguir siendo esclavos de los caprichos y deseos del cacique, se manda un delegado acompañado de mucha Guardia civil, para que asuste á los electores, y si no fuera bastante, nunca faltan pretextos más ó menos legales, para sacar una *cuerda* de presos y conducirlos á la cárcel de la cabeza de partido judicial ó de la capital de la provincia.

A primera vista no se comprende que se cometan tantos atropellos por un puesto de alcalde ó concejal; pero luego, con detalles precisos de la marcha administrativa de ciertas corporaciones, se cae en la cuenta de que la cosa bien vale la pena.

A poco trabajo puede cualquiera enterarse de que ha costado muchos miles de pesetas el empedrado de unos cuantos metros de calle; que las fuentes que surtían de agua á la población, están secas porque las cañerías están rotas; pero que en su lugar, se ha hecho un jardín que ha costado muchísimo dinero en determinado sitio; donde convenía á alguién que se señalá con el dedo; que ha desaparecido el arbolado del monte tal, pero que han traído preso al dueño de una eabra por estar pastando en tierras del alcalde.

¿Para qué seguir diciendo lo que nadie ignora?

De este estado de cosas, no son solamente responsables los que lo parecen; lo son también los que indirectamente ayudan con su apatía é indiferencia.

Y ¡VIVA LA RELIGIÓN!

Cada día estamos más convencidos de que la religión Católica, Apostólica y Romana, es una política tan rastrera como la más retrógrada de nuestras instituciones.

Rara es la vez que no tenemos que contar algo bufo, ridículo ó tonto de las manifestaciones de esa pléyade que todavía sueña con el valle de Josefát.

Están llamando la atención los desórdenes provocados en Valencia por la celebración del Rosario de la Aurora y los atropellos acontecidos en Figueras por la celebración de una romería.

Especialmente en Figueras.

¿No les parece á Vds., lectores míos, archiridículo y archibufo, ver en medio de una procesión á curas y frailes apedreados, la cruz hecha polvo, los monaguillos rodando por el suelo, los cofrades y curas bufando como si les hubieran puesto banderillas de fuego, ante los gritos de «Viva Carlos VII y el Papa-rey», rompiendo vidrieras y cuanto encontraban delante?

¡Ave, Pidal! y ¡qué cosas pasan en Figueras!

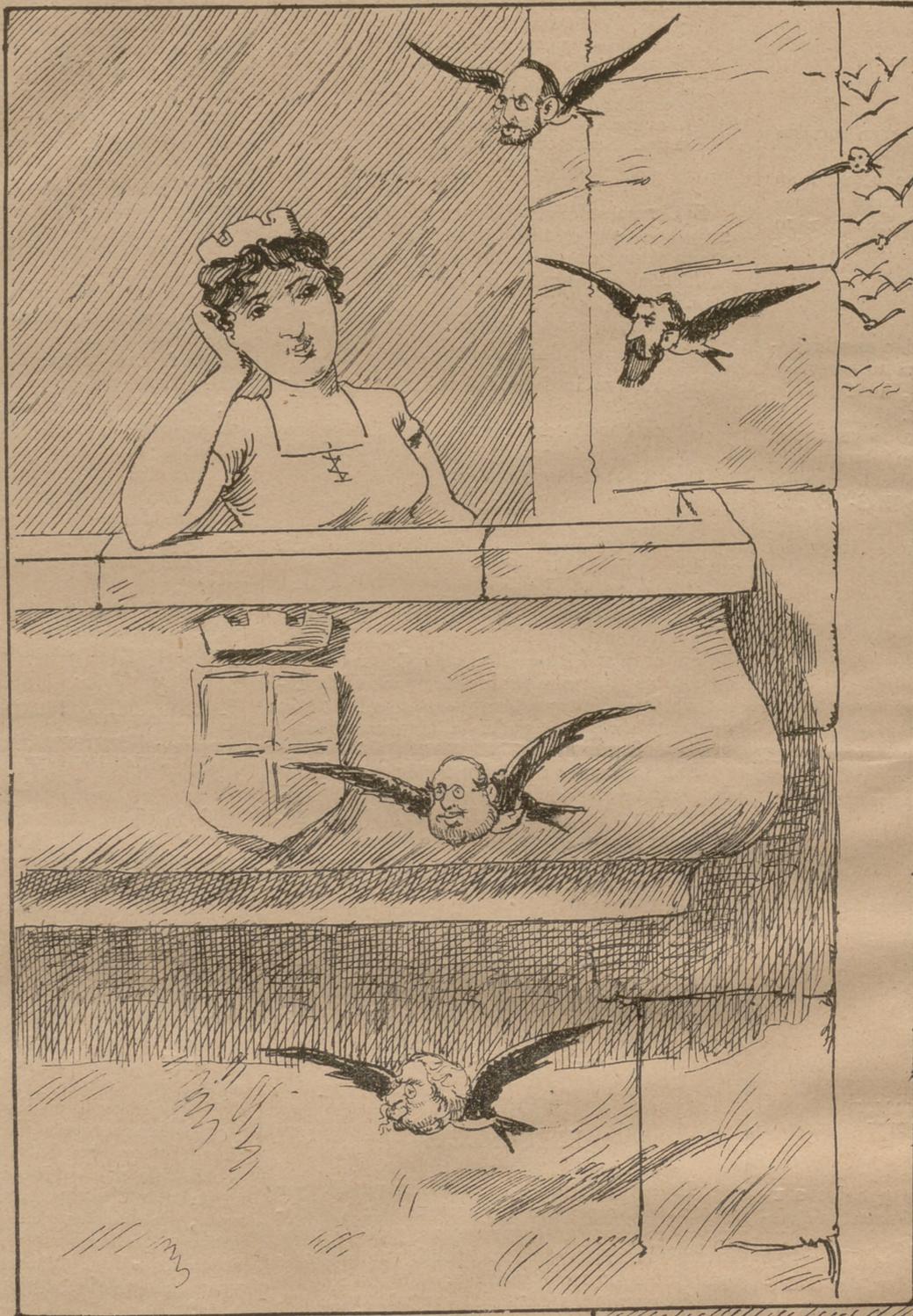
Si este cuadro bien reproducido no es digno de figurar en la próxima exposición de Bellas Artes, que venga León XIII y lo diga.

Me río yo de «El Pasmó de Sicilia».

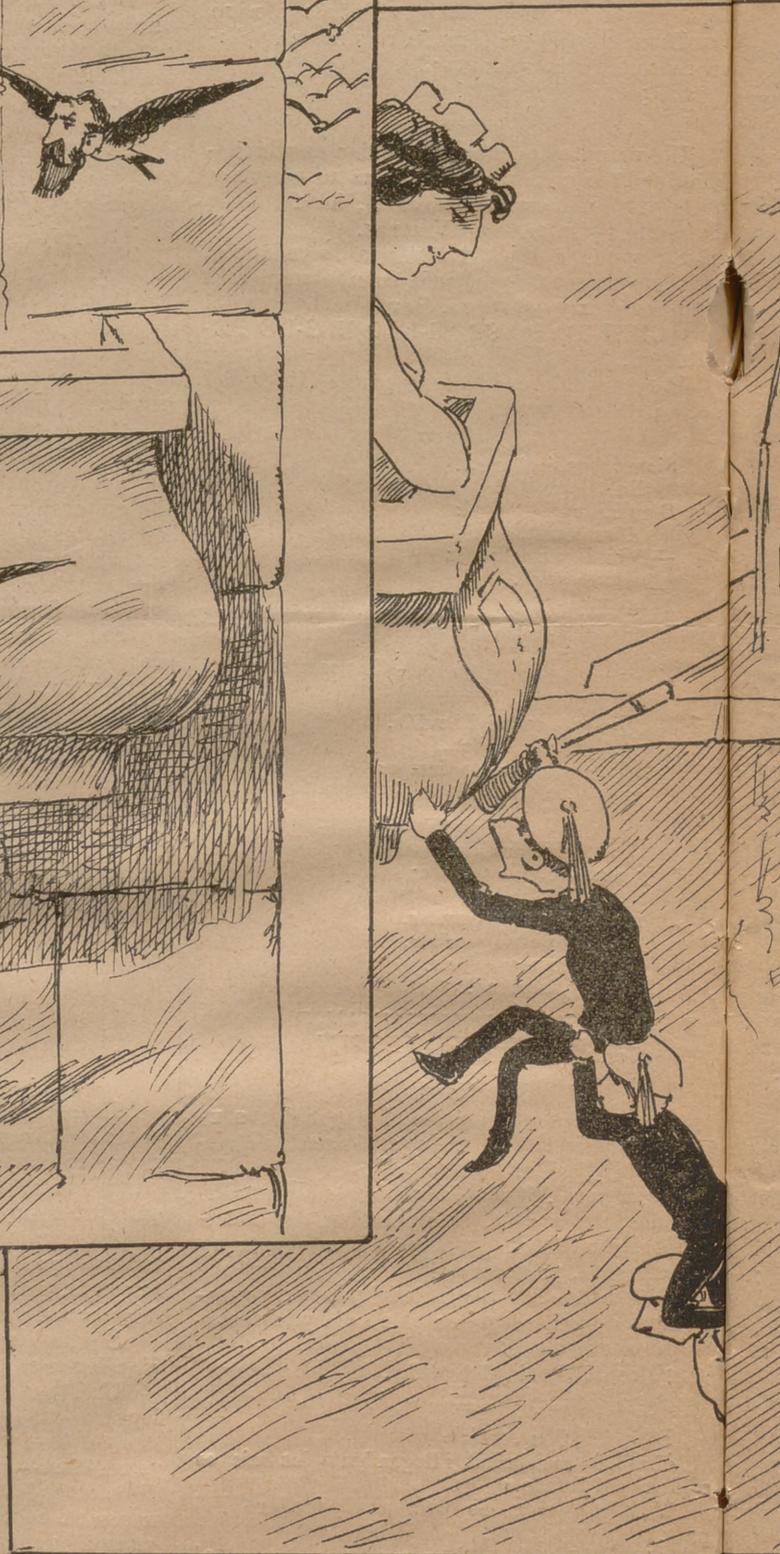
Lo extraño después de todo, es que el ministro de la Gobernación tome en serio estas cosas, y probablemente en apoyo de los que acaso tienen mayor culpa.

Nada, señor ministro: póngase su señoría muy serio, y haga que se respeten los derechos neo-católicos; que el Nuncio se lo agradecerá en nombre del que muy en breve cumplirá cincuenta años de santo sacerdocio.

Pero le juro, que estos belenes han de repetirse con mucha frecuencia.



Volverán las oscuras golondrinas
de tu balcón sus nidos á colgar,



Volverán las tupidas madreselvas de tu jardín esc



Volverán del amor en tus oídos mil palabras ardientes á sonar,



como yo te he querido, desengáñate, ¡así no te querrán!

ardfna escalar,

DUELO TERRIBLE

Hay pocas personas tan inofensivas como el joven Muchamiel. A su lado un corderillo recién nacido, sería un monstruo de ferocidad.

Se ha dado el caso y testigos presenciales lo aseguran, de haber tropezado con un guarda cantón yendo precipitado á un asunto urgente, y detenerse para pedirle mil perdones son el sombrero en la mano.

Es imposible imaginar nada más político, más correcto, más dulce que Muchamiel.

¿Cómo demonios ha podido verse en el compromiso de un duelo con semejante carácter?

El mismo se hace esta pregunta sin encontrar respuesta satisfactoria.

Y sin embargo, no lo ha podido evitar. Es para creer, en el fatalismo de los hechos. Hé aquí la prueba.

Supongan Vds., que el color pardo tiene atractivos especiales para un individuo, bien porque de noche es el de todos los gatos (aunque la cosa no esté suficientemente demostrada), bien por cualquiera otra razón; y sigan ustedes suponiendo que éste individuo es Muchamiel.

Pues bien, sí; á Muchamiel le gusta efectivamente el color pardo. ¿Qué tiene eso de particular? Los gustos son libres.

No hay ningún artículo de la Constitución que prohíba la libertad de gustos. El Código Penal es únicamente quien se mete en esas honduras, y alguna que otra ley arbitraria; pero no dicen nada sobre los colores.

Aparte de esto, el gusto de Muchamiel, por el color pardo, es verdaderamente laudable, porque revela un espíritu modesto hasta la humildad.

Sentado este precedente, nadie extrañará que Muchamiel, acompañado de un amigo, entrase en la tienda del sombrerero Aimable.

Había visto en el escaparate un sombrero de copa que le había seducido por su hechura, por su felpa sedosa y brillante, y sobre todo, por su color pardo, tirando á ceniciento, que hacía de aquel sombrero una especialidad deliciosa.

Un sólo defecto le encontró, y es que le estaba algo estrecho: pero además de ser disimulable, el dependiente convenció á Muchamiel con argumentos irrefutables de que no podían hacerse de otro modo los sombreros con aquella rica y suavísima felpa, y de que á los cinco minutos de llevarlo en su cabeza, desaparecía la estrechez.

El resultado fué, que Muchamiel desembolsó 25 pesetas, dejó el sombrero usado para que lo llevaran á su domicilio, y salió de la tienda triunfante y resplandeciente, mirándose en los cristales de todas las vidrieras, para juzgar el efecto de su nueva adquisición.

Hay que perdonar á nuestro héroe esta pequeña é inocente vanidad.

Siguió la Carrera de San Jerónimo en dirección al Prado, hablando con su amigo de cosas indiferentes y echando de paso á las damas que se cruzaban con él miradas de satisfacción como esperando otras de aprobación recíproca, cuando, al llegar á la esquina de la calle del Lobo, sintió de pronto la sensación más desagradable que pudiera experimentar en aquella circunstancia. Acababan de asestarle por detrás un tremendo apabullo. El sombrero de sedosos cambiantes, que le acababa de costar 25 pesetas en moneda corriente, crugió lanzando al mismo tiempo un doleroso gemido, que se confundió con el de Muchamiel, y se le hundió hasta las narices.

¡Desgraciado Muchamiel! Por más esfuerzos que hizo para quitárselo sin nuevo deterioro, tirando hacia arriba con ambas manos por las

alas, ¡nadal! El sombrero no cedía. La cabeza de la víctima parecía incrustada en él, y veíase por debajo congestionada la parte inferior del rostro, haciendo desesperadas muecas.

Todos los transeúntes se paraban á contemplar aquel espectáculo con esa risa y ese alborozo que brota del corazón magnánimo de la especie humana, ante la desgracia ajena cuando no alcanza los límites de lo trágico en su expresión más terrible.

Aquellas risas sonaban en los oídos de Muchamiel, como descarga de artillería dirigidas contra su persona.

Por fin, dejó á un lado todo miramiento con el objeto de su reciente cariño, hizo un esfuerzo desesperado, y salió el sombrero con el ruido que suele hacer el tapón ajustado al gollete de una botella cuando es violentamente arrancado con ayuda del tirabuzón ó saca-corchos.

Pero, ¡oh dolor! no sólo quedó el sombrero destrozado, sino que dejó al salir pegada á la frente de Muchamiel una especie de charolada diadema; lo que redobló las risas de los concurrentes al espectáculo gratuito.

La primera operación de Muchamiel al verse libre de la venda que le había cegado durante algunos minutos, fué volverse con toda la cólera de que era susceptible su pacífica naturaleza en busca del insolente agresor.

A dos pasos de él estaba un caballero desconocido, alto, delgado, que se inclinaba confundido, y repetía:

—¡Usted dispense, caballero, lo siento mucho... ha sido una equivocación... creí que era Vd. mi amigo Zacarías!

Vamos á ver: seamos justos; ¿qué hubiera hecho cualquiera de nosotros en el lugar de Muchamiel?

Pues no faltaba más sino que un desconocido cualquiera pudiera darnos en plena calle y en pleno día un tremendo apabullo, reduciéndonos cinco duros á cinco pesetas de un sólo golpe con el frívolo pretexto de que nos confundió con Zacarías y maschase tan orondo, diciendo: «Vd. dispense.»

Nó señor, nó; esas cosas no pueden quedar así. Y esto fué precisamente lo que replicó Muchamiel á su agresor.

El desconocido se hizo cargo de la justicia de la réplica: cambiaron sus tarjetas los dos, ofreciéndose encomendar á los padrinos la resolución del asunto, y cada cual siguió su camino.

Para evitar las burlas del numeroso público que había presenciado el lance, Muchamiel y su amigo subieron á un coche, que los condujo nuevamente á casa de Aimable, donde se hizo otro cambio de sombreros. En aquel corto trayecto no se digeron nada; pero Muchamiel reflexionó mucho sobre su situación. Sin duda no le desagradaba la idea de dar una lección á aquél petulante caballero; mas, ¿no podía ser él quien recibiera la lección? Alguna vez había acertado á dos ó tres monigotes en el tiro de pistola; pero los monigotes no le miran á uno con otra pistola en la mano. Este detalle no cambia mucho el aspecto de las cosas. A sable no se corre tanto peligro; sin embargo, la hipótesis de verse convertido en un Muchamiel á la *brochette*, no era, ni mucho menos, para hacer reír al interesado.

El resultado de estas reflexiones fué preguntar á su silencioso compañero al salir de la sombrerería:

—¿Conoces tú algún buen maestro de esgrima?

—Conozco muchos.

—Indícame uno.

—Para tí, que no te has batido nunca, no hay más que el Moro. El es quien prepara á todos los que se batan por primera vez.

Muchamiel apuntó las señas de la casa del Moro, afamado tirador que tenía su sala en una de las calles más céntricas, y aquella misma tarde, dominando su emoción, le fué á visitar.

Recíbióle el Moro con esa amabilidad que inspira siempre la perspectiva de un parroquiano, por más que Muchamiel no pudo apreciarla al principio en toda su extensión á causa de la manopla, el peto y la careta de alambre que protegían las partes más vulnerables del profesor: la careta, sobre todo, trajo á la imaginación de Muchamiel la historia de *La Máscara de hierro*, sugiriéndole ideas lúgubres.

—Quisiera hablar con Vd. de un asunto reservado, dijo Muchamiel contestando á la cortés interrogación del maestro de armas. Este sonrió tras su careta, y le hizo pasar á su despacho, donde no tardó en reunirse despojado ya de los atributos del oficio.

Después de tomar asiento, Muchamiel comenzó á explicarse con mucho cuidado y midiendo las palabras. No quería que pareciera... nó; antes que revelar el menor átomo de miedo... preferiría no batirse.

Lo que más le fastidiaba, era que ofreciera un magnífico blanco. Sí, su adversario era alto y flaco, impalpable casi; mientras que él era rechoncho por naturaleza, como si lo hubiese hecho expresamente, había engordado de un mes á aquella fecha. ¡Si sería animal!

En fin, tuvo que hablar sin rodeos.

—Un maestro de esgrima, dijo, es un confesor en ciertas circunstancias.

Pero apenas pronunció la palabra «confesor», sintió correr un estremecimiento por todo su cuerpo: aquella palabra era de mala augurio.

No tenía empeño alguno en matar á su adversario; pero, ¿qué demonios! tampoco le disgustaría evitarse una estocada.

—¡Comprendido, comprendido! exclamó el Moro cortando un período ampuloso; no es usted fuerte en el manejo. ¿Y las piernas, qué tal?

—Algo flojas también; hago poco ejercicio.

—¡Bien, bien! Y añadió después de meditar un momento:

—El caso es que nos falta tiempo para prepararnos: es demasiado tarde.

Muchamiel palideció.

—Lo esencial es, continuó el Moro, guarda el pellejo. Póngase Vd. bien en guardia, firme sobre las piernas, la punta de la espada un poco baja. No ataque Vd. y déjelo venir.

—¡Venir! ¿A quién?

—¡Caramba! Al adversario. Al tirarse al fondo puede ensartarse él mismo; se dan casos.

—Sí, pero también me puede ensartar.

—Es verdad; entonces, si lo que teme usted es eso, no hay más que clavarse en su sitio: si el adversario avanza, Vd. retrocede; si no avanza, quieto en guardia, cubriéndose bien; así.

Y el maestro se puso en guardia para enseñar la posición al trémulo Muchamiel.

Tan preocupado iba nuestro héroe al salir de casa del Moro, que no vio pasar á su adversario, rozándose con él y dirigiéndose al mismo punto que acababa de abandonar.

En efecto, el amigo de Zacarías tampoco la tenía todas consigo, é iba á casa del Moro tan preocupado como Muchamiel sobre el asunto.

El maestro de esgrima, riendo para su satisfacción le dió los mismos consejos.

—Firme en la guardia. No avance Vd., su ceda lo que suceda. Si el adversario avanza usted retrocede.

A la mañana siguiente, fuera de la puerta Atocha, y no muy lejos de la estación del Mediodía, dos hombres se encontraban frente a frente con la espada en la mano.

Eran Muchamiel y su adversario.

Hacia tiempo que debían estar así, por que de los padrinos se había dormido y el otro el folletín de *La Correspondencia*, después de apurar tres veces las noticias y la plana de anuncios.

Un fotógrafo que había pasado por allí, voló con su aparato y sacó pruebas admirables. A última hora nos dicen que el desafío en Muchamiel y el amigo de Zacarias aun no terminado.

Los padrinos habían llevado luces.

GIM.

TIPOS SOCIALES

El tomador

A mi buen amigo Manuel Mancebo.

Escuchadme, señores y señoras,

carables obreros,

ligos y banqueros,

duquesas y *chulas*.

Escuchad mi lenguaje. Por lo gráfico,

os agrada es forzoso;

unque no es pornográfico

me el de más de un diario poderoso

ordado usa frac y chistera,

chaleco... y á veces *chalequera*.

Escuchad á éste *randa*,

en la tierra del oso y del madroño

r todas partes *randa*,

se *atraca* lo mismo á un caballero,

de á noble señorona,

el parlo les vendimia ó el dinero.

Jandel en nuestro idioma verdadero...

ara luego gozar la *vita bona*

á su en el *Saladero*,

de hoy, por un no sé qué, que no me explico.

podan *abanico*.

Escuchad, escuchad, que algo se aprende,

más aguce el oído

del hombre de bien que no comprende

aya en este Madrid tanto perdido

de oficina de ladrón sin consecuencias.

Valenno nuestras mañas!

on astucia se evitan las sentencias

de presidio que dictan las audiencias

de esta capital de las Españas.

Un bosquejo, no más de mi pasado,

aré porque tengáis antecedentes,

sepáis *el por qué* me he separado

de las gentes, ¿decentes?

también cómo y cuando fui ratero,

decir, aprendiz de bandolero,

Fui creciendo, creciendo,

ya usando la plancha, ya la aguja,

rocuroando ir haciendo

de mí un hombre de bien, y no un granuja.

Pero apenas conté los siete eneros,

allegó aquella pobre desgraciada;

entonces sus hermanos herederos,

me dejaron inhumanos, fieros,

en la calle ¡y sin nada!

ra entagando á la ventura,

ahogado el corazón por la honda pena

que siempre causa al niño,

la carencia absoluta de cariño...

Un corro hallé de gente, donde un ciego

entonaba canciones,

en él entrando, me olvidé muy luego

de aquéllas mis pasadas impresiones.

Desecho aquel corrillo,

Muchas el ciego seguí embelesado;

el ciego habló al chiquillo...

Para abreviar, lector, pues ya cansado

de barrunto; más breve y más sencillo

es decirte, que el ciego,

me hizo su lazarillo.

A su lado, y corriendo por plazuelas,

calles y callejuelas;

veces mil acudiendo á los cuarteles,

á que van los peleles

por el rancho sobrante;

y trabando amistad con cien *lebreles* de esos que á lo que ven *echan el guante*, como quien dice, el diente.

Me emancipé del ciego y el portante

un día tomando, unime á aquélla gente.

Y me hice *tomador*, lector querido;

y recibí lecciones;

y supe que era al *tope* y al *descuido*

que hay muchísimas clases de ladrones.

Mi aprendizaje nó, no fué muy largo;

me cupo en suerte un maestro...

¡Vamos! que ni de encargo

se hace como él de diestro.

Se atracaba á los *portas* sin empacho,

y hasta los alfileres de corbata

robaba al *tope* haciéndose el borracho.

¡A cuánto primo le sacó la plata,

sargándole ese perro

que llamamos el *timo por entierro!*

También hay *espadistas* que con tino,

y gracia, y *palanqueta*,

limpian la casa de cualquier vecino,

en menos que se cambia una peseta.

Hay también del *atraco* y *espadistas*.

Estos últimos son unos señores

de manos archi listas;

son *falsificadores*

como en su *jerga* dicen los juristas.

Hay también *estufistas*

que estafan al lucero, si así quieren;

pero éstos infelices

que no ven más allá de sus naaices,

en el presidio mueren.

Hay también *timadores*...

—¿Qué, qué es *timo*?

Te lo diré, y avisa si desbarro.

Avisoran un primo...

Espera un poco, encenderé un cigarro.

Como te digo, ven un *primavera*

que billetes metió sin precauciones

en grasienta cartera,

y para hacer que suelte los *botones*,

uno delante de él marcha en la acera;

deja caer un pañuelo, así, al descuido,

y sigue su camino decidido.

Entonces dice el *primo*: caballero,

tome usted el pañuelo, se le ha caído.

Vuelve el otro ligero

diciendo: le agradezco la advertencia.

¡Cuánto hubiera sentido!...

Es un recuerdo de mi tía Prudencia.

Y andando, andando entabla

conversación hasta que al fin, por tabla,

el consorte gallego ó portugués

aparece borracho, tan perfecto,

que va haciendo con manos y con pies

aún más letras que tiene el alfabeto.

Se acerca á ellos y dice, con franqueza,

y en idioma mestizo,

todo cuanto le viene á la cabeza,

y enseña los cartuchos que él mismo hizo.

Monedas todas son de cinco duros

y quiere colocarlas... donde quiera

que una ganancia encuentra. Diez mil *riales*,

dice con ronca voz el borrachera,

aquí *tengu* cabales.

El del pañuelo al otro: Camarada.

dice, si usted quisiera

hoy podríamos hacer nuestra jugada.

¿Tiene usted ahí dinero?

—Sí, en billetes

mil pesetas completas.

El portugués: *Vustes caballeretes*

¿dónde *culuco* yu tantas *pisetos*?

El del pañuelo: Tú... van á robarte

ese hermoso puñado de dinero.

—¿Dónde *guarda*ilú?

¿Dónde? en cualquier parte;

bajo la tierra.

—Y ¿dónde?

—En el Vivero.

Aquí, éste caballero,

también guardará el suyo

y volvemos... si tienes desconfianza...

del señor el dinero guarda el tuyo.

Y después de cien dimes y directes,

si van con el dinero

en oro y en billetes,

y lo entierran. ¡Es claro! en el Vivero.

A la vuelta, y al rato el del pañuelo

dice bajito al *primo*: De *estampía*

denos usted esquinazo; saque aquello;

lo espero en la estación del Mediodía.

Yo á éste zaque le meto en una *tasca*,

y si preciso fuere, le emborracho.

Una hora para todo creo que basto.

No tenga usted cuidado; ¡fuera empacho!

Y sale el *primo* aquel *raspagilando*;

y cuando al sitio llega, escarba, suda,

y un paquete tras otro va sacando.

¿Y la cartera? Permanece muda,

por más que á veces él la está llamando,

abiertos los cartuchos halla el pobre

el *unico* de los *micos*;

perdigones y algunos perros chicos.

¡Un puñado de plomo, otro de cobre!

¿Quién es aquí el ladrón? Nunca he dudado

que lo son, los que roban... y el robado.

Y los aprenden; sí, se les apresan.

La justicia los manda al *abanico*,

do quince días están; ¡una futesa!

¿qué no te explicas la conducta esa?

Pues hombre... ¡Yo tampoco me lo explico!

¿Y nosotros? ¿qué dices de nosotros?

¿No tomamos la guita de cualquiera,

y si el primo es señor de campanillas

nos mandan á la casa abaniquera,

nos piden lo robado,

se lo damos, y cuento terminado?

Pero si es un pobrete, un pobre obrero

que lleva en el bolsillo

cinco duros ó seis para el casero...

Los pesco, me las guillo,

y no por esto voy á aquella casa:

que por doquiera voy

libre si no me pescan cuando estoy,

cuando estoy con las manos en la masa.

¡Oh! nuestra policía,

es especial, ¡lector de mis entrañas!

A medias trabajamos día tras día.

Si ella quisiera... nadie robaría

en esta capital de las Españas.

Pero no es de ella, nó, todá la culpa

Nuestras leyes son más que deficientes.

Al polizonte, es claro, le disculpa

su corto sueldo y acerados dientes,

y tontos fueran esos que son tunos,

no viviendo con otros y con unos.

Quince días de prisión por una alhaja

que vale quince duros...

¿Qué me importa si allí no se trabaja?

A comer, á dormir... y ¡vengan puros!

Si en las cárceles esas, ó modelos,

de hombres y de mujeres,

hubiera sus talleres,

tal vez muchas mozueltas y mozuslos

—de los que en el modelo ó la galera

entran por vez primera—

para quienes el robo no es un vicio

sino un medio de vida

conque pagan la ropa y la comida,

tal vez, repito aprenderían oficio,

si aquel que en ellas entra siendo un burro

recibiera enseñanza provechosa,

á lo que yo discuro,

en sus gustos variara alguna cosa.

Pero no pasa así; los enchiqueran

allá en los detenidos,

donde hay muchos y aún célebres perdidos

que de aquello que ignoran les enteran.

Si allí por la mañana,

y al toque de corneta ó de campana,

se fuerán á ocupar en algo útil,

un oficio aprendieran provechoso,

no serían al salir un trasto inútil,

y más aún, ¡peligroso!

También usamos nombre diferente

cada vez que caemos;

y aún en la misma cárcel se presenta,

cuando á juicio á uno llevan, y esto basta:

—¿Con qué nombre en la casa penetrante?

¡Cójame usted ese rabo por la punta!

Como no les enseñan, nada bueno

pueden aprender allí la gente lista.

¡Limpio entré de maldad? pues sale lleno.

¡Pacífico? Pues le hacen camorrista.

Tírese, buen lector, por do se quiera.

El trabajo continuo, la enseñanza

de la moral austera...

—Te lo digo en confianza—

matan el tomador... ¡á la carrera!

PEDRO FIGLALI DE ZABALA

11 p. de G. Osler, Espíritu Santo, 18.—Madrid.



BIBLIOTECA CÓMICA

EN Prensa

TOMO IX

CAMBIO DE TRENES

POR

ARTURO JIM

Ilustraciones del

PADRE COBOS

LA SAETA

PERIODICO POLITICO, SATIRICO, ILUSTRADO

PRECIOS DE VENTA

	Ptas.	Cénts.
Paquete de 25 ejemplares.....	1	50
Número suelto.....		10
Id. atrasado.....		25

SUSCRIPCIONES

Madrid y provincias, trimestre.....	1	50
Cuba y Puerto Rico, año.....		8
Extranjero, año.....		10

PAGO ADELANTADO

Toda la correspondencia se dirigirá á la Administración, Rejas, núm. 4, primero, izquierda.

EL MONAGUILLO

OBRA PÓSTUMA DEL MALOGRADO POETA

ANTONIO R. GARCIA-VAO

Un volumen de 96 páginas en 8.º mayor, con el retrato del autor.

Precio UNA peseta

BIBLIOTECA CÓMICA

UN TOMO MENSUAL. UNA PESETA.

TOMOS PUBLICADOS

- I. Los Curas en calzoncillos. } 2.ª edición.
- II. Ya no hay vírgenes!
- III. El Misterio de la Encarnación.
- IV. Curas y Beatas.
- V. Bodas Místicas.
- VI. Amor entre faldas.
- VII. Penas y apuros.
- VIII. Las modistas revoltosas.

Forma cada uno de estos tomos un bonito volumen de 96 páginas con profusión de dibujos y cubierta en colores.

Rebaja de 25 por 100 á nuestros corresponsales y suscritores.

BIBLIOTECA MODERNA

HISTORIAS DE AMOR

POR

JOSÉ DE SIRES

Un tomo en 8.º mayor, DOS PESETAS.

LA NOVELA DE URBESIERVA
NARRACIONES

por

J. FRANCO RODRÍGUEZ

Un tomo de más de 200 páginas, con 30 grabados y cubierta á dos tintas. Precio: 2 pesetas.

BIBLIOTECA MÍSTICA

UN TOMO MENSUAL

UNA peseta

TOMOS PUBLICADOS

- I.—Con la ayuda del Médico.
- II.—Solemnes gozos.
- III.—Tocando el órgano y La Penitencia.
- IV.—Los Católicos.
- V.—Los hijos de los padres.
- VI.—Quiero ser cura.
- VII.—El amor y los frailes (García-Vao).
- VIII.—La Cardenal.

Todos los tomos van ilustrados con fotograbados.

Biblioteca democrática y anti-clerical

DIEGO C. ROMERO

EDITOR

Rejas, 4, primero

MADRID

El Clericalismo.—Su definición, sus principios, sus fuerzas, los peligros que ofrece y los remedios que se le deben aplicar, por H. Depasse.—Dos tomos en 4.º, 2 pesetas.

El Ermitaño de las Peñuelas.—Viajes del chino Dagar-Li-Kao por los países bárbaros de Europa, España, Francia, Inglaterra y otros.—1.ª y 2.ª parte.—Segunda edición, aumentada con una biografía de Fernando Garrido.—Dos tomos; precio 2 pesetas cada uno.

Cuentos cortesianos.—Segunda edición.—Cuento primero: *Las cápsulas de copaiba del doctor Borrell.*—Cuento segundo: *La trompeta del juicio.*—Cuento tercero: *La llave de dos vueltas.*—Un tomo en 4.º, precio 2 pesetas.

Garrido (Fernando).—*¡Pobres Jesuitas!*—Orígenes, instituciones, privilegios y doctrinas de la Compañía de Jesús, seguido de *La Monita Secreta ó instrucciones ocultas de los jesuitas*—Un tomo; precio, 2 pesetas.

La República democrática federal universal, precedida de un prólogo por Emilio Castelar, y seguida de los dos proyectos de Constitución

federal elaborados en las Cortes de 1873. Décima-sexta edición.—Un tomo; precio, 1 peseta.

La Revolución en la Hacienda del Estado, de las provincias y de los municipios.—Un tomo; precio, 2 pesetas.

Los Estados Unidos de Iberia ó la Federación Ibérica.—Según la edición.—Un tomo en 8.º; precio, 1 peseta.

La Restauración teocrática.—Progresos y decadencia del catolicismo en España desde fines del siglo XV hasta nuestros días.—Segunda edición.—Un tomo en 8.º; precio, 1 peseta.

Historia de las clases trabajadoras desde los tiempos antiguos hasta nuestros días, precedida de un prólogo de Emilio Castelar.—Un tomo en folio de 1.088 páginas; precio, 18 pesetas.

La Cooperación.—Estudio teórico práctico sobre las sociedades cooperativas de producción y consumo, en Inglaterra y otros países, especialmente en España.—Segunda edición.—Un folleto de 128 páginas en 8.º mayor, 50 céntimos; 100 ejemplares, 37 pesetas 50 céntimos.

Taxil (León).—*Pío IX ante la historia.*—Su vida política y pontificia, sus devaneos, intrigas, destemplanzas, locuras y crímenes.—Traducida, anotada y comentada por el doctor Bartolomé Gabarró.—La obra constará de cinco tomos á 1'50 pesetas el tomo. Encuadernados en lujo á 2'25 tomo.

A. G. M.—*La libertad de la ciencia y el ultramontanismo, ó sea el discurso de D. Miguel Morayta, juzgado por ultramontanos y liberales.*—1 pta.

Dumas (Alejandro).—*Creación y redención.*—Interesante novela histórica sobre la Revolución francesa.—Dos tomos; precio, 2 pesetas cada uno.

Sirvén (Alfredo).—*El hombre negro.*—Novela anti-jesuitica, con una carta de Victor Hugo.—Un tomo; precio, 1 peseta.

Mr. Godin, fundador del amilisterio de Guisa.—*La cuestión social.*—Un tomo en 4.º, 2 pesetas.

Eça de Queiros.—*El crimen de un clérigo.*—Novela escrita en portugués, traducida por un jesuita.—Dos tomos; precio, 1 peseta cada uno.

Serna (José de la).—*¡Lo mejor del mundo!*—Precio, 1 peseta.

Romero Girón (Vicente).—*La cuestión de las Carolinas ante el Derecho Internacional.*—Precio, 1 peseta.

Häckmán Chatrián.—*La Cantinera ó los voluntarios del 93.*—Precio, 1 peseta.

El abuelo Lebigre.—Novela anti-jesuitica.—Precio, 1 peseta.

Cala (Ramón de).—*El Problema de la miseria.*—Resuelto por la armonía de los intereses humanos.—Un tomo en 4.º; precio, 1'50 pesetas.

La ralea de la aristocracia, por R. Vega Armentero.—Un tomo de 320 páginas con caprichosa cubierta á tres colores.—Precio: 2 pesetas.

A los hijos del pueblo.—Versos socialistas, por F. Salazar y Tomás Camacho.—Un volumen de 96 páginas con cuatro hermosas láminas en color y una cubierta á dos tintas.—Precio: una peseta.

En la Administración de este periódico se reciben pedidos de las obras anteriores.

Nuestros corresponsales y suscritores tienen derecho á la rebaja de un 25 por 100.

No se servirá pedido que no venga acompañado de su importe.